

## SEÑOR CONCEJAL, NI UN CENTÍMETRO MÁS, NI UN CENTÍMETRO MENOS

**P**ensar en alto sobre libros y autores, derechos de unos y obligaciones de otros, acto libérrimo de crear y apremiante necesidad de vivir, y hacerlo sobre la página de un Boletín de CEDRO, cobijado bajo un logotipo de Feria del Libro, parece una copla ya cantada. ¿Alguien duda de qué irá la cosa?

La primera carta ya se ha levantado. Pero hay más cartas, cada párrafo tiene sin duda su carta, y alguna más debemos levantar, porque esta ola viene de más atrás.

De los tiempos en que oficiaba de editor, modesto pequeño editor, recuerdo una anécdota en forma de carta. Se la resumo en pocas líneas, porque se hizo tan frecuente que me aprendí de memoria el esquema. Un concejal de un barrio popular de Madrid se expresaba más o menos así:

‘Sr. Editor: En este barrio popular acabamos de inaugurar una Biblioteca de la que nos sentimos orgullosos. Por fin los ciudadanos de este barrio podrán animarse a leer. Pero necesitamos libros. Le solicito que haga una generosa donación de libros de su

Editorial, para que los vecinos de este barrio... Gracias anticipadas’. De precio por medio, nada. ¿Habría siquiera aprecio, que tanto valoraba Luis Mateo Díez?

Contesté con otra carta, que rescato abreviada de la memoria, porque la repetí después tantas veces como cartas, parecidas a las del concejal, recibí en la Editorial.

‘Sr. Concejal: Le confieso mi sorpresa al recibir su carta. Antes de contestarla, quisiera tener constancia de que usted ha dirigido cartas similares a los fabricantes de ladrillos, de cemento, de mesas y sillas, de suministros eléctricos... Me gustaría saber que usted ha solicitado ladrillos, cemento o pupitres de lectura... gratis, para enviarle gratis un ejemplar de cada uno de los libros editados con este sello. No reclamo, Sr. Concejal, mayor consideración por ser fabricante de libros, sino la misma consideración que usted reconoce al fabricante de ladrillos. Mientras tanto...’. El Sr. Concejal me contestó diciendo que ‘era distinto el problema’ y el diálogo se interrumpió.

Lo peor es que aquel Concejal representaba bien a la mayoría de los que gestionan la cosa pública y, lo

sospecho, a la mayoría de los que eligen a los que gestionan lo público y lo privado. En esta sociedad nuestra de cosas que suben y bajan, en la que hay productos caros, productos a su precio y productos en rebajas, hay realidades que pueden ser solicitadas gratis, sin rubor, por un Concejal de Distrito, quizá porque no se les reconoce precio.

¿Cuánto aprecio real al libro, a autores, editores, libreros, y demás oficiantes de esta cadena de productores del libro, puede sospecharse en la actitud del Concejal?

Alguien concluirá que esta sociedad nuestra acepta ya, sin condiciones, la ley de patentes y marcas, la propiedad pura y dura de terrenos para edificar, o de acciones y hasta de *stock options*, cosas sagradas, si las hay, pero ¿eso de la autoría, la creación literaria o artística, eso que se esconde bajo el artificio de la ‘propiedad intelectual’? ¿No serán filigranas para exquisitos diletantes?

Mientras estas líneas saltaban al papel, mediado diciembre del 2002, toma cuerpo una noticia reveladora: las bibliotecas, que ‘haberlas, haylas’, se puede decir ya, están tristes y envejecidas, enmohecidas, porque, tras las dotaciones iniciales de libros, apenas han recibido la visita de nuevos títulos, en un país que es el tercer productor de títulos nuevos cada año en Europa.

Se va ganando la batalla de los ladrillos que se ajuntan configurando bibliotecas. Pero ¿dónde están los libros, libros de fondo y libros nuevos de cada año, en nuestras bibliotecas?

Señores políticos, ‘constructores’ de nuevas bibliotecas, contratadores de algunas excelentes promociones de bibliotecarios y bibliotecarias, que ‘haberlas, haylas’, no se olviden de urgir a sus funcionarios para que enriquezcan las dotaciones iniciales de fondos de libros con libros nuevos de los últimos tres o cuatro años. Porque esas buenas bibliotecas, que ‘haberlas [algunas], haylas’, y ese excelente personal bibliotecario, que ‘haberlos [algunos o muchos], haylos’, se verán aquejados de melancolía por falta del público destinatario normal de las Bibliotecas en cada Distrito o municipio. Sí, ya sé que muchas bibliotecas se llenan o casi llenan... de estudiantes con sus propios libros,

“

Alguien concluirá que esta sociedad nuestra acepta ya, sin condiciones, la ley de patentes y marcas, la propiedad pura y dura de terrenos para edificar, o de acciones y hasta de *stock options*, cosas sagradas, si las hay, pero ¿eso de la autoría, la creación literaria o artística, eso que se esconde bajo el artificio de la ‘propiedad intelectual’? ¿No serán filigranas para exquisitos diletantes?

”

para preparar sus próximos exámenes. Prestar ese servicio es muy útil para la inmensidad de familias domiciliadas en pisos escasos de metros y de ambiente de trabajo. Pero la red de bibliotecas tiene otro destino específico, ¿verdad?

Volvamos a la reflexión inicial. Para reivindicar el libro, la lectura, la creación literaria, (continúa en la pág. 18)

“

La feria es escaparate de libros, de librereros, editores y autores, en el que es posible hacer “la foto de familia” del libro. Una familia real como la vida misma, en la que aparecen juntos los que conciben o sueñan un libro, los que lo diseñan y producen (...).

”

*(viene de la pág. 17)* para disfrutar creando mundos fantásticos y crear otros mundos leyendo lo escrito por otros, para investigar y aprender, para destripar enigmas de la historia o aclarar nudos gordianos de la ciencia y la tecnología, para entretener razonablemente el tiempo, que todo esto y más se hace con libros, es imprescindible apostar por un campo de juego, una estrategia y un programa.

¿Y qué hace la Feria del Libro, dirá algún lector de esta revista, preocupada por libros, autores, editores...?

La Feria está en los prolegómenos de la partida. La Feria es un lío de mucha gente que acude en días determinados a pasear por el Retiro, entre casetas de libros, entre las gentes del libro, a preguntar muchas veces qué hay de nuevo sobre lo que había el año pasado, y en menor proporción añadir ‘me lo llevo’. La Feria es escaparate de libros, de librereros, editores y autores, en el que es posible hacer ‘la foto de familia’

del libro. Una familia real como la vida misma, en la que aparecen juntos los que conciben o sueñan un libro, los que lo diseñan y producen, los que lo acercan al público, los que lo destripan en debates, tertulias y presentaciones, para desparramar su magia, su virtualidad científica, su capacidad de sonrisa o de sueño.

La Feria es un paseo abierto al aire, al sol y a la lluvia, abierto a todas las caras, las que se sorprenden y las que parecen sabérselo todo, caras de niño y caras de adulto, caras que dicen ‘estoy en lo mío, en mi mundo’ y otras que se asoman como primerizos a una tierra por conquistar.

Cuando el libro está almacenado, colocado en una tabla de librería o en la estantería de una biblioteca pública o privada, el libro provoca al misterio y al afán de conocer. En la Feria se desvela parcialmente el misterio, se descubren las caras del libro, caras de autores, editores, librereros, promotores, informadores, críticos... Y al pincharse el globo del misterio o la magia, aparecen las entrañas reales, las caras reales del mundo del libro. Éste es uno de los secretos objetivos de la Feria del Libro, acercar a los ciudadanos la ‘foto de familia’ del libro, con caras reales, para que la sientan real y cercana a sus vidas, la adquieran en la Feria o en las librerías a lo largo del año, la lean en sus casas o en las bibliotecas, la disfruten y tengan la oportunidad, ellos también, de conocer mucho más, crear algo o mucho más, sentirse protagonistas activos de esa inmensa e inacabable corriente de la historia que circula por las venas del papel, del cartón, de la tinta.

Sr. Concejal, Sra. Alcaldesa, Sr. Director General, ciudadanos y ciudadanas de diversa condición, aseguro que el Quijote, Mortadelo y Filemón, Manolito Gafotas, Maqroll y todos los inventos literarios... no existen. Pero haberles creado, producido, editado, promovido, vendido, criticado y recibido en sociedad, es cosa de muchos, de gente normal, como usted y como yo, gente que vive y padece, que necesita ser reconocido y recompensado, como los albañiles, los carpinteros, los electricistas, los constructores, los gráficos...

Sr. Concejal, no conceda usted ni un centímetro más a los autores, editores, librereros, críticos... Pero, ¿por qué quiere usted reconocerles varios centímetros menos?